

minotauro

# RAY BRADBURY

EL CONVECTOR  
TOYNBEE



# RAY BRADBURY

EL CONVECTOR TOYNBEE

minotauro

*El convector Toynbee*

Copyright © 1988 by Ray Bradbury  
Originally published as *The Toynbee Convector*

Publicación de Editorial Planeta S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 1991 Editorial Planeta S.A., sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Marcelo Cohen, 1991

Edición revisada por Grupo Ormo

ISBN: 978-84-450-0753-2  
Depósito legal: B. 17.395-2021  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

## El convector Toynbee

—¡Bien! ¡Magnífico! ¡Bravo por mí!

Roger Shumway se arrojó en el asiento, se abrochó el cinturón, aceleró el rotor y, elevando su helicóptero Dragonfly Super-6 hasta perderse en el cielo de verano, puso rumbo al sur, hacia La Jolla.

—¿Cuánta suerte se puede llegar a tener?

Porque estaba en camino de un encuentro increíble.

El viajero del tiempo, después de cien años de silencio, había aceptado que lo entrevistaran. Ahora tenía ciento treinta años. Y esta tarde, a las cuatro en punto, hora del Pacífico, era el aniversario de su primer y único viaje por el tiempo.

¡Sí, por Dios! Cien años atrás, Craig Bennett Stiles había agitado la mano, había entrado en su Inmenso Reloj, como él lo llamaba, y había desaparecido del presente. Había sido y seguía siendo el único hombre de toda la historia que había viajado por el tiempo. Y después de tantos años Shumway era el primer reportero a quien Stiles invitaba a tomar el té. ¿Y luego? El anuncio de un segundo y último viaje por el tiempo. El viajero había insinuado esa posibilidad.

—¡Allá voy, camarada Craig Bennett Stiles! —dijo Shumway.

Obediente a los frenesíes, el Dragonfly se aferró a un viento, lo montó y bajó hacia la costa.

El anciano estaba esperándolo en la azotea de la Lamasería del Tiempo, al filo del acantilado de los planeadores. El aire bullía con un enjambre de cometas escarlatas azules o de color limón, tripuladas por jóvenes que gritaban, mientras varias muchachas los saludaban desde el borde del farallón.

Stiles no era viejo, a pesar de sus ciento treinta años. Miraba parpadeando el helicóptero con una cara brillante, como la de esos Apolos locos que colgaban y se deslizaban y que se apartaban ahora mientras el helicóptero descendía.

Saboreando la demora, Shumway mantuvo su helicóptero suspendido largo rato en el aire.

Abajo lo esperaba un rostro que había soñado arquitecturas, conocido amores increíbles, fotocalcado enigmas de segundos, horas, días, y que luego había vuelto a sumergirse para remontar a nado la corriente de los siglos. Un rostro curtido, que celebraba su propio aniversario.

Por una sola noche, cien años atrás, Craig Bennett Stiles, recién llegado del tiempo, había hablado por Telstar a billones de espectadores sobre el futuro que les esperaba.

—¡Lo hicimos! —decía—. ¡Lo conseguimos! El futuro es nuestro. Reconstruimos las ciudades, renovamos los pueblos, limpiamos los ríos y lagos, purificamos el aire, salvamos los delfines, multiplicamos las ballenas, acabamos con las guerras, lanzamos estaciones solares al espacio para iluminar el mundo, colonizamos la Luna, viajamos a Marte y luego a Alfa

Centauro. Curamos el cáncer y vencimos a la muerte. ¡Lo hicimos, oh gracias, Dios mío! ¡Lo logramos, lo conseguimos! ¡Oh, alzaos, hermosas, resplandecientes torres del futuro!

Les mostró fotos, les trajo pruebas, les dio cintas grabadas y discos LP, películas y casetes de su fantástico y tortuoso vuelo. El mundo se volvió loco de alegría. Corrió a encontrar y construir el futuro, a levantar las ciudades prometidas, a salvarlo todo y compartirlo con las bestias de la tierra y el mar.

El grito de bienvenida del viejo trepó por el viento. Shumway le contestó y dejó que el Dragonfly descendiera, envuelto en su propio clima de verano.

Craig Bennett Stiles, de ciento treinta años de edad, se adelantó con paso animado e, increíblemente, ayudó al joven periodista a bajar del aparato, pues Shumway se sentía de pronto pasmado y débil.

—No puedo creer todavía que yo esté aquí —dijo Shumway.

—Pues aquí está, y no demasiado temprano —rio el viajero del tiempo—. Cualquiera día de estos desaparezo hecho añicos. La comida espera. ¡Andando!

Como un desfile de un solo hombre, Stiles marchó bajo las aleteantes sombras del rotor transformado en el parpadeante noticiero de un futuro que de algún modo ya había pasado.

Shumway lo siguió, como un perrito detrás de un gran ejército.

—¿Qué quiere saber? —preguntó Stiles mientras cruzaban la terraza a paso ligero.

—Primero —jadeó Shumway dándole alcance—, ¿por qué ha roto el silencio después de cien años? Segundo, ¿por qué me elige a mí? Tercero, ¿qué es ese gran anuncio que hará a las cuatro de la tarde, la mis-

ma hora en que su yo más joven debe llegar del pasado; la hora en que por un breve momento ocurrirá la paradoja de que usted aparezca en dos lugares a la vez, el que fue y el que es fundidos en una hora gloriosa para que nosotros lo celebremos?

El viejo rio.

—¡Usted sí que no para!

—Perdón. —Shumway se ruborizó—. Lo escribí anoche. Bueno. Esas son las preguntas.

—Tendrá las respuestas. —El viejo le sacudió suavemente el codo—. A su debido... tiempo.

—Tendrá que excusarme la excitación —dijo Shumway—. Al fin y al cabo usted es un misterio. Fue famoso, el mundo lo aclamó. Viajó, vio, regresó, nos contó todo y luego se recluyó. Sí, claro; durante unas pocas semanas viajó por el planeta en desfiles de cintas grabadas, se mostró por televisión, escribió un libro, nos regaló un magnífico documental de televisión de dos horas, pero luego se encerró aquí. Cierto que la máquina del tiempo se exhibe abajo, y se permite que multitudes entren a verla y tocarla todos los mediodías. Pero usted ha rechazado la fama...

—No tanto. —El viejo lo guio por la terraza. Abajo, en los jardines, otros helicópteros llegaban con equipos de televisión de todo el mundo a fotografiar el milagro del cielo, el momento en que la máquina del tiempo vendría del pasado y aparecería, destellaría y se iría a visitar otras ciudades antes de perderse en el pasado—. ¡He estado ocupado, como arquitecto, ayudando a construir ese mismo futuro que vi cuando era joven y llegué a nuestro dorado mañana!

Se detuvieron un momento a observar los preparativos de abajo. Estaban poniendo unas grandes mesas para la comida y la bebida. Pronto llegarían altos dig-

natarios de todos los países del mundo a dar las gracias —acaso por última vez— al legendario, casi mítico viajero de los años.

—Venga —dijo el viejo—. ¿Le gustaría sentarse en la máquina del tiempo? Nadie lo ha hecho nunca, ¿sabe? ¿Le gustaría ser el primero?

No había necesidad de responder. El viejo notó que el joven tenía los ojos brillantes y húmedos.

—Calma, calma —dijo—. Oh, Dios mío; calma, calma.

Un ascensor de cristal bajó y los llevó a un sótano todo blanco, y en el centro estaba...

El increíble artefacto.

—Bien. —Stiles tocó un botón y el casco de plástico que durante cien años había guardado la máquina del tiempo se deslizó a un costado. El viejo asintió con la cabeza—. Adelante. Siéntese.

Stiles tocó otro botón y la máquina se iluminó como una caverna de telarañas. Respiraba años y murmuraba recuerdos. Por las venas de cristal le corrían fantasmas. Una gran araña de oro había tejido sus tapices en una sola noche. Estaba hechizada y estaba viva. Invisibles mareas iban y venían por sus mecanismos. Dentro ardían soles y unas lunas ocultaban sus fases. Aquí un otoño se deshacía en jirones; allá un invierno llegaba envuelto en nieves que se dispersaban en capullos primaverales y caían sobre los campos de estío.

Sentado en medio de todo, incapaz de hablar, el joven se aferraba a los brazos de la silla acolchada.

—No tema —le dijo suavemente el viejo—. No pienso mandarlo de viaje.

—Tampoco me importaría —dijo Shumway.

El viejo le estudió la cara.



—No, ya veo que no. Se parece a mí hace exactamente un siglo. Que me condenen si no es mi hijo honorario.

El joven cerró los ojos, y le brillaron los párpados mientras los fantasmas de la máquina suspiraban alrededor prometiéndole mañanas.

—Bien, ¿qué piensa usted de mi convector Toynbee? —dijo enérgicamente el viejo tratando de romper el ensalmo.

Apagó las luces. El joven abrió los ojos.

—¿El convector Toynbee? ¿Qué...?

—Más misterios, ¿eh? El gran Toynbee, el magnífico historiador que dijo que todo grupo, toda raza, todo mundo que no se lanzara a adueñarse del futuro y darle forma estaba destinado a volverse polvo en la tumba, en el pasado.

—¿Eso dijo?

—O algo muy parecido. De veras. Así pues, ¿qué nombre mejor para mi máquina, eh? Dondequiera que estés, Toynbee, ¡he aquí tu artefacto dueño-del-futuro!

Agarró al joven por el codo para que saliera de la máquina.

—Suficiente. Es tarde. Casi la hora de la gran llegada, ¿eh? Y del sísmico anuncio final del viejo Stiles, ¡el viajero del tiempo! ¡Salte!

De vuelta en la azotea miraron los jardines, donde se arremolinaban los famosos y casi famosos de todo el mundo. Los caminos cercanos estaban atestados, y el cielo rebosaba de helicópteros y de biplanos inmóviles en el aire. Los planeadores habían renunciado hacía rato, y ahora, como una turba de pterodáctilos brillantes, esperaban al borde del acantilado con las alas plegadas y las cabezas erguidas, mirando las nubes.

—¡Dios mío! —murmuró el viejo—. Todo esto por mí. El joven consultó su reloj.

—Faltan diez minutos para la cuenta atrás. Casi la hora de la gran llegada. Discúlpeme; así la llamé cuando escribí sobre usted en el *News*, hace una semana. Ese momento de llegar y partir en un parpadeo, cuando dando un paso a través del tiempo, usted hizo que el futuro del mundo cambiara de la noche al día, de la oscuridad a la luz. Me he preguntado muchas veces...

—¿Qué?

Shumway estudió el cielo.

—Cuando usted viajó hacia adelante, ¿no hubo nadie que lo viera llegar? ¿Nadie que por casualidad alzara la vista y viera ese artefacto suspendido en el aire, aquí y en Chicago un poco después, y luego en Nueva York y en París? ¿Nadie?

—Bueno —dijo el inventor del convector Toynbee—, ¡no creo que nadie me estuviera esperando! Y si alguien me hubiese visto, seguro que no habría sabido qué demonios estaba viendo. De todos modos, me cuidé mucho de no demorarme demasiado. Solo necesitaba tiempo para fotografiar las ciudades reconstruidas, los mares y ríos limpios, el aire fresco y libre de *smog*, las queridas ballenas a salvo. Me moví y fotografié con rapidez, y volví corriendo a casa años abajo. Paradójicamente, hoy es distinto. Turbas de millones y millones estarán mirando ansiosamente el cielo. ¿Y no es cierto que al fin apartarán los ojos de ese muchacho tonto que arde en el cielo y mirarán a ese viejo tonto de aquí abajo, contento todavía de su triunfo?

—Es cierto —dijo Shumway—. ¡Claro que es cierto!

Se oyó el breve y seco estampido de un corcho. Shumway dejó de observar las muchedumbres de los campos cercanos y la multitud de objetos que giraban

en el cielo y vio que Stiles acababa de abrir una botella de champán.

—Un brindis íntimo para un festejo íntimo.

Levantaron las copas, esperando el instante preciso y adecuado para beber.

—Las cuatro menos cinco —dijo el joven reportero—. ¿Por qué no hubo nadie más que viajara por el tiempo?

—Decidí pararlo yo mismo —dijo el viejo, inclinándose para mirar la muchedumbre—. Me di cuenta de lo peligroso que era. Podía confiar en mí, claro, no había peligro. Pero, Dios mío, piense lo que sería si cualquiera pudiese rodar por las pistas de boliche del tiempo, derribando bolos, asustando nativos en un lugar, espantando ciudadanos en otro, manoseando el árbol familiar de Napoleón o restaurando a los primos de Hitler. No, no. Y por supuesto que el Gobierno aceptó, no, insistió, en que guardáramos el convector Toynbee bajo siete llaves. Hoy ha sido usted el primero y último en ponerle los dedos encima. Durante decenas de miles de días se ha montado una guardia severa y constante para impedir que robaran la máquina. ¿Qué hora tiene?

Shumway miró su reloj y tomó aliento.

—Un minuto para la cuenta atrás...

Contó él, contó el viejo. Alzaron las copas de champán.

—Nueve, ocho, siete...

Abajo, la muchedumbre estaba inmensamente silenciosa. El cielo susurraba de expectativa. Las cámaras de televisión se movían escrutando, barriendo.

—Seis, cinco...

Chocaron los vasos.

—Cuatro, tres, dos...

Bebieron.

—¡Uno!

Bebieron el champán con una carcajada. Miraron el cielo. El aire dorado esperaba sobre la línea costera de La Jolla. Este era el momento de la gran aparición.

—¡Ahora! —gritó el joven reportero, como un mago que da una orden.

—Ahora —dijo Stiles, gravemente sereno.

Nada.

Pasaron cinco segundos.

El cielo seguía vacío.

Pasaron diez segundos.

Los cielos esperaban.

Pasaron veinte segundos.

Nada.

Por fin, Shumway volvió una mirada perpleja hacia el anciano.

Stiles también lo miró, se encogió de hombros y dijo:

—Mentí.

—¿Qué dice?

La multitud de abajo se agitó inquieta.

—Que mentí —dijo simplemente el viejo.

—¡No!

—Oh, pero sí —replicó el viajero del tiempo—. Nunca fui a ninguna parte. Me quedé aquí pero hice que pareciera que había ido. No hay ninguna máquina del tiempo, solo que parece una máquina del tiempo.

—Pero ¿por qué? —exclamó el joven, azorado, aferrándose a la barandilla de la azotea—. ¿Por qué?

—Veo que en la solapa lleva el botón de una grabadora. Enciéndala. Sí. Muy bien. Quiero que todo el mundo lo oiga. Ahora.

El viejo terminó su champán y continuó:

—Porque nací y me crié en una época, los sesenta, setenta y ochenta, en que la gente había dejado de creer en sí misma. Yo advertí esa incredulidad, la razón que ya no encuentra razones para sobrevivir, y me conmovió, me deprimió y al fin acabó por enfurecerme.

»Por todas partes veía y oía dudas. Por todas partes destrucción. Por todas partes desesperación profesional, tedio intelectual, cinismo político. Y lo que no era cinismo o tedio, era escepticismo rampante o nihilismo incipiente.

El viejo, que había recordado algo, hizo una pausa. Se agachó y de debajo de una mesa sacó una botella de borgoña etiquetado en 1984. Mientras hablaba empezó a abrirla, hundiendo suavemente el tirabuzón en el viejo corcho.

—Teníamos todo lo que a usted se le pueda ocurrir. La economía era una babosa. El mundo, una letrina. Los problemas económicos, un misterio insoluble. La melancolía era la actitud dominante. La imposibilidad de cambiar, lo que estaba en boga. El fin del mundo, la consigna predilecta.

»No valía la pena hacer nada. A las once nos acostábamos hartos de malas noticias, para levantarnos a las siete con noticias peores. Vadeábamos penosamente los bajíos del día. Por la noche nos ahogábamos en una marejada de plagas y pestilencia. ¡Ah!

Pues el corcho había salido con un ruido blando. El ahora inofensivo cosecha 1984 estaba listo para orearse. El viajero del tiempo lo olió y asintió.

—No solo los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgaban por el horizonte para lanzarse sobre nuestras ciudades. Un quinto jinete, peor que los demás, cabalgaba con ellos: la desesperación, que envuelta en oscuras mortajas de derrota voceaba solo la inminente

repetición de pasadas catástrofes, fracasos presentes, cobardías futuras.

»Bombardeada la tierra de broza oscura y sin semilla que brillara, ¿qué clase de cosecha podía esperar el hombre en el tramo final del increíble siglo xx?

»Olvidada había quedado la Luna, olvidados también los rojos paisajes de Marte, el gran ojo de Júpiter, los asombrosos anillos de Saturno. Nos negábamos a todo consuelo. Llorábamos la muerte de nuestro hijo, y nuestro hijo éramos nosotros.

—¿Así eran las cosas hace cien años? —preguntó Shumway en voz baja.

—Sí. —El viajero del tiempo alzó la botella de vino como si contuviera la prueba. Vertió un poco en una copa, lo estudió, inhaló y siguió hablando—. Usted ha visto noticieros y leído libros de esa época. Lo sabe muy bien.

»Claro que había momentos de esplendor. Como cuando Salk devolvió la vida a los niños del mundo. O la noche en que se posó el Eagle, y la humanidad dio un primer gran paso por la Luna. Pero las mentes y bocas de muchos alentaban oscuramente al quinto jinete. Con fuertes esperanzas, como parecía a veces, de que al fin se impondría. Y así tendría la lúgubre satisfacción de haber predicho desde el primer día el desenlace fatal. Y así se lanzaron las profecías más egoístas; y cavamos nuestras tumbas y nos dispusimos a tendernos en ellas.

—¿Y usted no podía permitirlo? —dijo el joven reportero.

—Bien sabe que no.

—De modo que construyó el convector Toynbee...

—No fue tan sencillo como usted cree. Me pasé años meditándolo.

El viejo hizo una pausa para agitar el vino oscuro, mirarlo y beber un sorbo con los ojos cerrados.

—Entretanto, desesperado, me asfixiaba, pasaba noches enteras llorando en silencio y preguntándome qué podía hacer para salvarnos. ¿Cómo salvar a mis amigos, mi ciudad, mi estado, mi país, al mundo entero, de esa obsesión por la fatalidad? Y bien: una noche, tarde ya, recorriendo los estantes de mi biblioteca, di al fin con el viejo y amado libro de H. G. Wells. Su artefacto del tiempo, como un fantasma, habló a través de los años. ¡Yo lo oí! Entonces comprendí. Escuché realmente. Luego hice planos. Construí. Viajé, o eso pareció. El resto, como usted sabe, es historia.

El anciano viajero del tiempo bebió su vino, abrió los ojos.

—¡Dios santo! —murmuró el joven reportero meneando la cabeza—. Oh, Dios santo. El prodigio, el prodigio...

Había ahora un inmenso fermento en los jardines inferiores y los campos vecinos y las carreteras y el aire. Millones de personas aún seguían esperando. ¿Dónde estaba la gran llegada?

—Y ahora, dígame —dijo el viejo, llenando otra copa de vino para el joven reportero—. ¿No soy una maravilla? Yo hice las máquinas, construí ciudades, lagos, embalses, mares en miniatura. Levanté vastas arquitecturas contra cielos cristalinos, hablé con los delfines, jugué con las ballenas, falsifiqué cintas, transformé películas en mitos. ¡Ah, pasaron años, muchos años de esfuerzo penoso y preparativos secretos antes de que pudiera yo anunciar mi partida, viajar y volver con buenas noticias!

Bebieron el resto del vino de la nueva cosecha. Se levantó un rumor de voces. Todos los de abajo miraban hacia la terraza.

El viajero del tiempo los saludó agitando una mano y se volvió.

—Ahora dese prisa. De aquí en adelante le toca a usted. Tiene la cinta, y mi voz, recién grabada. Estas son otras tres cintas, con más datos. Y esto, una videocasete con el relato completo de mi inspirado fraude. Tome, tómelo todo, entréguelo. Lo nombro hijo encargado de explicar al padre. ¡Deprisa!

Empujado una vez más al ascensor, Shumway sintió que el mundo se abría debajo de él. Como no sabía si reírse o llorar, al fin dio un gran grito.

Sorprendido, el viejo gritó con él, mientras salían del ascensor y se encaminaban hacia el convector Toynbee.

—Me comprende, ¿no, hijo? ¡Vivir ha sido siempre mentirnos a nosotros mismos! De niños, de jóvenes, de viejos. De niñas, de muchachas, de mujeres; mentir dulcemente y probar que la mentira es verdad. Tejer sueños y ponerlos debajo los cerebros y las ideas y la carne y la verdadera realidad. Todo, al fin y al cabo, es una promesa. Lo que parece una mentira es una ruinosa necesidad que desea nacer a la luz. Bien. Hasta aquí hemos llegado.

Apretó el botón que abría el casco de plástico, pulsó otro que despertó un zumbido en la máquina del tiempo, y luego, arrastrando los pies, se acomodó rápidamente en el asiento del convector.

—¡Mueva la palanca final, joven!

—Pero...

—Está usted pensando que si la máquina del tiempo es un fraude —aquí el viejo se rio—, no funcionará, que no tiene sentido mover una palanca, ¿no es cierto? De todos modos, muévala. ¡Esta vez funcionará!

Shumway se volvió, encontró la palanca de mandos, la empuñó y levantó la mirada de sus ojos hacia Craig Bennett Stiles.



—No entiendo. ¿Adónde piensa ir?

—Pues a fundirme con las eras, por supuesto. A existir ahora mismo, solo que en el pasado profundo.

—¿Y eso cómo es posible?

—Créame, esta vez sucederá. Adiós, querido, excelente y simpático joven.

—Adiós.

—Bien. Diga mi nombre.

—¿Cómo?

—Que diga mi nombre y suba la palanca.

—¿Viajero del tiempo?

—¡Sí! ¡Ahora!

El joven tiró de la palanca. La máquina zumbó, bramó, restalló poderosamente.

—¡Oh! —dijo el viejo cerrando los ojos. La boca sonreía con dulzura—. Sí.

La cabeza le cayó sobre el pecho.

Shumway gritó, bajó la palanca y se abalanzó a romper las correas que ataban al viejo al artefacto.

De pronto se detuvo, palpó un rato la muñeca del viajero, le puso los dedos en el cuello y gimió. Se echó a llorar.

El viejo había retrocedido en el tiempo, sin duda, y el viaje se llamaba muerte. Ahora viajaba irrevocablemente en el pasado.

Shumway dio un paso atrás y volvió a poner la máquina en marcha. Ya que el viejo iba a viajar, que la máquina —aunque solo fuera simbólicamente— se fuera con él. El mecanismo zumbó como si aprobara. El fuego, un fuego de sol fulgurante, ardía en las telarañas de las rejillas y en las bobinas e iluminaba los pómulos y la vasta frente del anciano viajero, cuya cabeza parecía asentir con las vibraciones, y cuya sonrisa, en aquel viaje a las tinieblas, era la sonrisa de un niño muy satisfecho.

El reportero se demoró aún largo rato, secándose las mejillas con el dorso de la mano. Luego, dejando la máquina encendida, se volvió, cruzó la sala y llamó el ascensor de cristal; y mientras esperaba, sacó de los bolsillos de su chaqueta las cintas y casetes del viajero del tiempo, y una por una las echó a la boca del incinerador instalado en la pared.

Las puertas del ascensor se abrieron, el joven entró en él, las puertas se cerraron. Ahora fue el ascensor el que zumbó, como otra máquina del tiempo, llevándolo hacia un mundo estupefacto, un mundo expectante, elevándolo hacia un continente brillante, una tierra futura, un planeta prodigioso y superviviente...

Que un solo hombre había creado con una mentira.